

con Acacio, entonces obispo de Melitena, fué á Jerusalén para visitar los santos Lugares. Estaba demasiado cerca de la laura para despreciar tan buena ocasión de visitarla, lo mismo que sus tres primos, Estéfano, Andrés y Gayán, quienes eran religiosos de la misma. Le explicó la perturbación y el escándalo que causaba el impio error de Nestorio, que admitia dos personas en Jesucristo, y negaba que la santísima Virgen fuese verdaderamente la madre de Dios. Por ello Eutimio concibió un dolor inexplicable; pero Sidonio endulzó su amargura, diciéndole al mismo tiempo con que celo san Cirilo de Alejandría y Acacio de Melitena habían empezado á combatir la nueva heregía, y que se iba á convocar un concilio en Efeso para condenarla. Los obispos de Palestina no tardaron en ser invitados á él, y el Santo cuidó de escribir á Aspebeto ó Pedro, obispo de los Sarracenos, quien debía asistir como los otros, para recomendarle que se atuviera á los sentimientos é imitara el celo de san Cirilo y de Acacio que combatian este nuevo error; y á la vuelta del concilio, Pedro le instruyó de cuanto en él se habia hecho, y como la fé ortodoxa habia triunfado de esta detestable heregía.

Eutiques, quien habia combatido vigorosamente en pró de la verdad contra Nestorio, dió algunos años después en un error todo opuesto. La fé nos enseña que hay en Cristo dos naturalezas; la divina y la humana y una persona divina; y Nestorio queria que el número de las personas igualase al de las naturalezas. El desdichado Eutiques, bajo pretexto de que en Cristo no habia más que una persona, también sostuvo que sólo habia una naturaleza divina en la cual la naturaleza humana estaba confundida y perdida. Esto fué lo que con el tiempo dió ocasión á sus sectarios, quienes no fueron más que demasiado numerosos y causaron mucho daño á los monasterios, para calumniar á los ortodoxos que admitían dos naturalezas en

Jesucristo, acusándoles de Nestorianos, como si al mismo tiempo hubiesen admitido dos personas.

Para condenar la heregía de Eutiques, se convocó un concilio general en Calcedonia,¹ veinte años despues del de Efeso en el cual Nestorio habia sido condenado, y dos discípulos de san Eutimio, quien á la sazón estaba en sus setenticinco años de edad, se hallaron en él, á saber: Estéfano obispo de Jamnia, y Juan obispo de los Sarracenos; pues Pedro estaba ya muerto. Por ellos supo lo que se habia decidido, y declaró altamente que abrazaba la doctrina de esta santa asamblea. Al momento se esparció en los monasterios y en los desiertos la noticia de que el gran Eutimio reconocía el concilio de Calcedonia, y el ejemplo de un hombre tan célebre por sus virtudes y por el don de profecía y de milagros con que Dios le habia favorecido, hubiera sido seguido por los otros monjes, si el impio Teodosio, apoyado por el crédito de la emperatriz Eudoxia á la cual habia seducido, no hubiese también engañado á la mayor parte de ellos.

Este Teodosio habia sido monje. Fué expulsado de su monasterio por una mala acción, y habiéndose refugiado en Alejandría, le obligaron á salir vergonzosamente y fué á Calcedonia, donde se unió á los secuaces de Eutiques. Pero viendo que su partido estaba allí destruido, determinó restablecerlo en otra parte y al efecto se fué á Palestina. Allí, por la más negra de todas las imposturas, publicó que el concilio habia enseñado que era necesario reconocer en Jesucristo dos Hijos, dos Cristos, dos Personas, lo que constituía el detestable error de Nestorio. Extendió la calumnia para hacerla mas plausible, hasta distribuir letras falsas y mala traducción de la epístola del Papa. Así sedujo á la emperatriz Eudoxia, viuda del joven

¹ Esta antigua ciudad del Asia menor, á la entrada del Bósforo de Tracia, hoy no es más que una miserable aldea llamada *Kudi-Kevi*.

Teodosio, la cual se había retirado á Jerusalén, y le fué tanto más fácil el engañarla, cuanto que antes de la muerte de su marido había favorecido á Eutiques, habiéndose dejado sorprender por los artificios del eunuco Crisafio.

Su autoridad arrastró la mayor parte de los monjes y de los habitantes de la Palestina y por esto la facción del impostor Teodosio fué tan crecida, que el patriarca Juvenal, quien sostenía las decisiones del concilio, se vió en la obligación de abandonar á Jerusalén y retirarse á Constantinopla. Entonces Teodosio acompañado de los monjes que había seducido, se hizo ordenar patriarca de Jerusalén, y para sostenerse y acreditar los errores de Eutiques, se entregó á los más crueles excesos. Tenía en san Eutimio un adversario tanto más temible, cuanto su mérito le hacía célebre; y comprendía que comprometiéndole en su partido acabaría de ganar todos los monjes del país. Al efecto le envió dos abades de su facción, Elpidio abad del monasterio de san Pasarión, y Geroncio abad del monasterio de santa Melania, quienes fueron á decirle de su parte que, ya que se había negado á ir á verle, como se lo había hecho pedir, escogiese un sitio donde pudiesen comparecer los dos y conferenciar juntos.

San Eutimio, penetrado de dolor por los males que este perverso monje había ya causado, respondió á estos dos abades gimiendo mucho: « Dios me guarde de tener comunicación alguna con un hombre que ha derramado tan injustamente la sangre de los sacerdotes, y que además se ha manchado con el crimen de heregia. » — « Pero, le dijeron los disputados, ó debéis rechazar el concilio de Calcedonia, ó declararos sectario de Nestorio, cuyos errores este concilio ha adoptado. » Entonces el gran Eutimio tomando la palabra les dijo: « Yo no he leído aún todas las actas de este concilio; pero en cuanto á aquello que se ha regulado sobre el dogma, no sabríamos rehusar el some-

ternos á ello, puesto que ha seguido la fé de los concilios de Nicea y Constantinopla; que ha igualmente ordenado que se siguiera la del concilio de Efeso contra los errores del impio Nestorio, habiendo reconocido dos naturalezas en Jesucristo, la naturaleza divina y la naturaleza humana, unidas sin mezcla y sin confusión en una sola persona, que es la persona del Verbo, y que la Santísima Virgen es en realidad la madre de Dios. » Les explicó esto bastante por estenso para destruir en su espíritu las imposturas con que Teodosio los había fascinado; y tuvo el consuelo de persuadir á Elpidio, aunque de momento no dejó la comunión de este seductor; pero el abad Geroncio permaneció en su obstinación.

Volvieron, pues, la respuesta de Eutimio al falso patriarca, quien, no pudiendo sufrir que le resistiera tan valerosamente, le envió nuevos abades y le tendió todos los lazos que pudo imaginar para seducirlo. Eutimio fatigado de tantas disputaciones, reunió sus religiosos, les advirtió que se guardaran de los errores de Teodosio y de aquellos que seguían su partido, y que no tomaran parte alguna en los excesos que cometían, después de lo cual se retiró al desierto de Ruban, donde muchos le siguieron. Su retiro, libránolos de las importunidades de los fautores de Teodosio, sirvió para apartar de ellos á otros que se habían dejado engañar. San Gerásimo fué de aquellos, así como los anacoretas Pedro, Marcos, Julón y Silvano, á quienes los Teodosianos habían hecho creer que el concilio de Calcedonia había aprobado, por sus decisiones contra Eutiques los errores de Nestorio condenados en el concilio de Efeso.

Sin embargo el emperador Marciano, informado de la intrusión del falso patriarca Teodosio y de los crímenes de que se había hecho culpable, envió una orden á Doroteo gobernador de la provincia, para que se apoderara de él,

y apaciguara cuanto antes las perturbaciones que había excitado. Teodosio habiéndolo sabido, tomó la fuga con algunos de sus cómplices. Castigaron á los más culpables de aquellos que pudieron cogerse éhicieron gracia á los otros. Los abades y los monjes que habían sido seducidos, imploraron en una carta dirigida á la emperatriz santa Pulqueria la clemencia de Marciano, quien les perdonó á instancias del patriarca Juvenal restablecido en su silla, y san Eutimio volvió á su laura.

La emperatriz Eudoxia no dejó tan fácilmente sus prevenciones en favor de Eutiques. Su hermano Valero y Olibrio, marido de su nieta, le escribieron muchas cartas para persuadirla á abandonar el partido de este heresiarca, pero ella siempre lo iba difiriendo, por que se había comprometido demasiado ; pero habiendo sido muerto el emperador Valentiniano, su yerno, y algunos meses después su hija y sus dos nietas habiendo sido llevadas cautivas á Cártago por Genserico, rey de los Vándalos, quien tomó á Roma en 455, empezó á temer que estas desgracias no fueran el castigo de los males que había ocasionado con su adhesión á los excesos del impío Teodosio, y en la perturbación con que este temor agitaba su corazón, le envió á Anastasio, el obispo auxiliar, con algunas otras personas de su casa, á Antioquía, á san Siméon Estilita, para saber de él lo que ella debía hacer.

El Santo le respondió que el enemigo de su salud viéndola rica en buenas obras, la había despojado de ellas por el ministerio del perfido Teodosio ; que no obstante el mal tenía remedio, puesto que aun la quedaba un poco de luz y de buena voluntad ; que por lo demás extrañaba que buscara tan lejos los buenos consejos, teniendo una fuente cerca de ella, que era el gran Eutimio, hombre lleno del espíritu de Dios, del cual no tenía más que seguir la doctrina para no volver á caer en el error.

Eudoxia siguió este consejo con una docilidad perfecta ; y sabiendo que san Eutimio se había hecho una ley de no entrar jamás en las ciudades, pronto hizo construir una torre en el lugar de su ermita y le invitó á que fuera á verla. El Santo se había vuelto á Rubán fuera para pasar allí la cuaresma según su costumbre ó por cualquier otro motivo ; de suerte que fué necesario que Anastasio el obispo auxiliar, á quien la princesa le había deputado con Cosme, guardián de la santa Cruz, fuese á buscarle en este desierto á donde san Teutista le condujo. Vino con ellos, y se fué á la torre cerca de la princesa, la cual al momento se echó á sus piés para pedirle su bendición, y le dijo que esperaba que Dios por fin la visitaría en su misericordia, ya que tenía la suerta de verle.

El Santo después de haberla bendecido, le recomendó que procediera con más precaución para evitar las sorpresas del enemigo de su alma. Le dijo que las desgracias de su familia que tanto dolor le habian causado, le habían sucedido por haber seguido y protegido, como había hecho, al impío Teodosio ; que no debía meterse más en las cuestiones que atañen á la fé, sino recibir con sencillez los decretos de los santos concilios de Nicea contra Ario, de Constantinopla contra Macedonio, de Efeso contra Nestorio, y de Calcedonia contra Eutiques, y volver cuanto antes á la comunión de Juvenal, su obispo.

Al momento puso en práctica este consejo y se reconcilió con el patriarca Juvenal, quien le recibió en su comunión con un gran número de monjes y de laicos que le siguieron en su conversión como le habían seguido en su extravío. Elpidio, abad de san Pasarión fué de este número ; pero dos de sus religiosos llamados Marciano y Romano, le dejaron para seguir al desgraciado Geroncio abad del monasterio de santa Melania quien persistió en su error. Marciano después construyó un monasterio cerca de Belén,

y Romano edificó otro en la aldea de Tecue. El primero volvió á entrar con el tiempo en el gremio de la Iglesia; pero Romano y Geroncio, que se habían retirado con él en Tecue, obstinándose en su impiedad fueron por fin expulsados de su monasterio.

La emperatriz Eudoxia murió cuatro años después, y durante este tiempo no pensó más que en reparar con buenas obras los escándalos que su prevención había causado en la Iglesia, visitando las iglesias, los monasterios, y los muchos hospitales que había edificado en la Palestina. Había hecho construir un templo dedicado al príncipe de los apóstoles frente de la ermita de san Eutimio, y había hecho escavar muy cerca una ancha y profunda cisterna. Como un día fuera á ver esta obra, se apercibió de la laura del Santo, situada en medio de esta vasta soledad, y admiró el orden de las celdas que estaban separadas las unas de las otras; lo que la hizo acordar de estas palabras de la Escritura: *¡Qué hermosas son vuestras casas, oh Jacob! Y que deliciosos son vuestros tabernáculos oh Israel* (Num. 24-5)! Su corazón quedó penetrado de devoción, y envió á Gabriel al Santo, por ver si le permitiría visitarle á fin de aprovecharse de sus instrucciones. Su intención era también de darle fondos para el sustento de sus religiosos. Eutimio penetró sus intenciones por el don que Dios le había dado de conocer los secretos de los corazones y de preveer lo futuro, y antes que ella le entablase conversación le dijo: « Vos no viviréis largo tiempo; así en lugar de ocuparos de tantos cuidados, pensad en prepararos bien para ese postrer pasaje. No penséis más en señalarnos pensiones; no os pedimos otra gracia que la de que os acordéis de nosotros delante de Dios. »

La princesa quedó muy maravillada de que hubiese penetrado su designio y al mismo tiempo muy edificada de su desprendimiento. A su regreso dió parte de ello al pa-

triarca Anastasio, quien había sucedido á Juvenal, y redobló sus buenas obras; pero cuatro meses después cuando hubo hecho concluir la iglesia de san Estéfano, cuyo cuidado confió á Gabriel, y hubo designado fondos para su sustento y para él de las otras que había hecho edificar, dejó esta vida para recoger en la eternidad los frutos de sus méritos.

No debemos olvidar, con motivo de las herejías de su tiempo lo que san Sabas refería de él; pues decía que no podía dejar de admirar, como, siendo de un carácter en extremo dulce y templado, se inflamaba de un celo poderoso desde que se trataba de defender la fé ortodoxa. Ciertos maniqueos y origenistas que moraban en los arrabales de Cesárea, iban algunas veces á verle bajo pretexto de piedad; pero si ellos empleaban contra él la sagacidad de la zorra para sorprenderle con su hipocresía, le hallaban armado contra ellos de la fuerza del león que los aterraba con la palabra de Dios. Nadie podía resistirle; y hacía lo mismo contra los arianos, contra los sabelianos, y generalmente contra todos aquellos que no tenían sentimientos católicos.

A la edad de ochentidos años tuvo la satisfacción de proporcionar al orden monástico un tesoro precioso en la persona de san Sabas, quien fué muy joven á presentársele para ser educado en la vida religiosa. Pronosticó que un día sería uno de sus mayores ornamentos, le envió á un monasterio de san Teutista, porque era demasiado joven para morar en la laura. Y en fin, cuando hubo llegado á sus noventa años, tuvo el dolor de perder al mismo san Teutista, quien estaba cargado de años y consumado en la virtud. Así que supo su enfermedad se fué cerca de él, y no le abandonó hasta su muerte, que sucedió pocos días después. El patriarca Anastasio acudió también, y le ayudó á tributarle los honores de la sepultura. Este prelado aprovechó la ocasión para hablar con él; pero por la manera